



Manasse, Barbara (2007):

“Todas las tierras. Crítica y reivindicación de la ASL. Relatoría”.

En: *XVIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Del 22 al 26 de Abril. La Rioja.

El presente trabajo es difundido por InIP-UNCa Web con autorización del/los autor/es. El/los autor/es del presente trabajo es/son responsable/s del contenido de su escrito, de la exactitud de las citas y referencias bibliográficas y del derecho legal de publicar su trabajo. Se solicita que los interesados en citar el presente escrito respeten la información consignada en la referencia bibliográfica central de la primera hoja del documento.

Sede Puneña: Calle s/n - Localidad de Laguna Blanca - CP 4751

Sede SFV Catamarca: Av. Belgrano 300 - Campus Universitario - Pabellón de Arqueología -

Tel. 0383-442-5978

Web: <http://lagunablanca.unca.edu.ar>

Email: inip_unca@yahoo.com.ar

SIMPOSIO 23:

TODAS LAS TIERRAS. CRÍTICA Y REIVINDICACIÓN DE LA ASL

Relatoría de Bárbara Manasse

El 26 de abril pasado tuve oportunidad de participar como Relatora del **Simposio TODAS LAS TIERRAS. Crítica y reivindicación de la Arqueología Social Latinoamericana** coordinada por los arqueólogos Daniel Delfino y Gustavo Pisani de la Universidad Nacional de Catamarca, en el marco del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina realizado en la Universidad de La Rioja. Mi sincero agradecimiento a su invitación y a la calidez y confianza brindada, con las que pude escuchar, preguntar, opinar y finalmente hacer un relato de lo que fue la primera parte del Simposio. El texto que sigue refleja casi textualmente lo presentado al inicio de la jornada vespertina del Simposio; tan solo aclaro algunos puntos que considero así lo requieren, porque la palabra escrita no siempre refleja la riqueza de lo que puedo expresar en forma oral. No es ni pretendió ser un resumen de las ponencias presentadas, ya que ellas cobraron su real valor y potencialidad en el debate que siguió a cada una de ellas. Pero, también, y particularmente, porque ello excedería mis posibilidades, mi capacidad de síntesis; fue bueno estar allí y es prometedor seguir participando de este tipo de convocatorias.

Considero realmente valioso el logro de los coordinadores de que se introduzca finalmente este tema –el de una arqueología alternativa con soporte en lineamientos marxistas y fuerte compromiso social y político– en un Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Se abren ventanas y puertas a propuestas que así dejan de estar ensombrecidas en rincones de la práctica profesional y académica. El auditorio, la cantidad de gente que vino a escuchar de qué se trata, da cuenta del interés que suscita, y de la necesidad de hacer circular este tipo de experiencias, de praxis. Igualmente, ello se vio reflejado en la curiosidad generada por el libro que presentara el colega peruano Miguel Aguilar "*La arqueología social latinoamericana. De la teoría a la praxis*", por el inmediato requerimiento de su lectura y circulación.

Es, por tanto, a mi entender un espacio ganado, ciertamente con el esfuerzo de varios años, de varios intentos. Ello ha permitido, ya en nuestro lugar, en este espacio académico del noroeste argentino, seguir y retomar discusiones sustanciales a la formulación teórica, epistemológica y a la praxis de la Arqueología Social Latinoamericana (ASL), tan necesaria como propuesta revolucionaria y de acompañamiento de procesos sociales relevantes en la actualidad; para repensarla en este contexto de interpelaciones teóricas, prácticas e ideológicas a la arqueología – como disciplina – y a la sociedad en general, reflejadas en varios de los comentarios realizados en esa mañana de viernes, de conversaciones y debates, antes que de exposición de trabajos en sentido estricto.

Se trata de una iniciativa que va a tono de las reflexiones y evaluaciones que se van haciendo en distintos países latinoamericanos, y que ahora pudimos escuchar y trabajar en nuestro LUGAR... Esta permanente revisión y autocrítica indispensables, de acuerdo a los parámetros propuestos desde esta escuela, y del marxismo en general, particularmente en lo atinente a su nexos y a la articulación entre producción de conocimientos, la investigación científica y la práctica social y política. La necesidad de situar estas prácticas.

Y, en relación a ello, es necesario remarcar que Daniel Delfino habló en primer término, aclarando, a manera de introducción, la lamentable ausencia de colegas venezolanos que se ven directamente implicados e involucrados en el complejo proceso político que tuvo en el fallecimiento de Hugo Rafael Chávez Frías un punto de inflexión que requiere de la participación activa de todos los miembros de la sociedad, en particular aquellos alineados en su propuesta social, cultural y política.

Así también, la imposibilidad de asistir de otros colegas extranjeros por razones de orden académico y económico, testimonio de la situación que están sufriendo sus unidades académicas y científicas. Pero lo interesante es que existió esta convocatoria. La revisión permanente, la evaluación constante son estrategias imprescindibles para apostar a una transformación genuina..., para construir, **con y a través** de ella, **con y a través** de la praxis, esa teoría revolucionaria que planteara Luis Lumbreras hace casi, casi medio siglo atrás. Una teoría desde y para América del Sur, América Central... O si lo quieren así la Abya Yala del pueblo kuna....

Y aquí entra uno de los desafíos más importantes a mi modo de ver: ¡Evaluar las transformaciones! ¿Cómo desarrollar la práctica arqueológica en los contextos en permanente tensión, aún entre los propios sectores subalternos?

Daniel Delfino y Gustavo Pisani hablaron de esta particular coyuntura social y política que en nuestro país significa el reconocimiento de la pre-existencia de Pueblos Originarios por parte del Estado nacional; no tan lejana a los procesos vividos años atrás en Chile, en donde, desafiando toda ilusión de justicia en la instrumentación de los derechos territoriales indígenas, el Estado y las grandes empresas mineras siguieron especulando y sacando provecho de las tierras comuneras y los recursos de regiones como Atacama varios años después de haber culminado el supuesto saneamiento de títulos. Ni hablar, de los atropellos sin límites en nuestro propio país, aún estando vigente leyes que supuestamente amparan los derechos territoriales indígenas hasta la definición jurídica de sus posesiones.

Y me parece interesante el anclaje en este tipo de problemáticas, ya que esa población es el sujeto por excelencia en gran parte de nuestras investigaciones científicas, aunque muchos los han querido ver, los entienden hasta el día de hoy, como sujetos dislocados de la historia viva, tomando palabras de Delfino y Pisani. Es una coyuntura que pone en juego toda una serie de actores –como lo identifican y señalan estos colegas para Laguna Blanca (una de las pocas regiones del país que cuenta al presente con un proyecto integral de investigación y praxis desde una arqueología socialmente comprometida) analizando el proceso de configuración de la propiedad de las tierras–. Me interesa destacar: 1.- a la población nativa del actual territorio argentino con antecedentes en los tiempos previos a la conquista y al dominio europeo de estas tierras y que desde hace unas décadas se encuentra implicada en procesos de etno-génesis, tomando el concepto del antropólogo argentino Miguel Bartolomé; 2.- al Estado Nacional en su configuración política actual; 3.- a los Estados Provinciales, igualmente en su configuración actual y en la peculiar puja de poderes que significó la instalación cuasi-hegemónica del Frente para la Victoria en regiones como Tucumán, donde yo vivo; 4.- a los sectores de población que no se reconocen indígenas o como pueblos originarios, en su importante heterogeneidad; y, tal vez acotando y sintetizando demasiado, 5.- al sector empresarial, a las corporaciones extranjeras en su variada expresión, múltiples formas y que claramente se entrecruza con los actores anteriormente nombrados. Al menos en Tucumán, así como en gran parte de los Valles calchaquíes, no podemos comprender ni situarnos en una práctica profesional comprometida sin analizar la trama compleja, los intereses entrecruzados de cada uno de ellos. Delfino y Pisani nos alertan en su trabajo, preguntándose y preguntándonos si estas nuevas normas de regularización territorial en Argentina no responden a la necesidad de reorganizar las inversiones de capitales en nuestro país.

Ciertamente, y como lo vengo señalando en algunos trabajos escritos anteriormente, si bien sin duda se trata de una importante conquista jurídica por parte de los pueblos nativos, la experiencia, no solo en nuestra región sino también en otras naciones, nos exige estar alerta a las manipulaciones por parte de algunos de los actores recién referidos, de la creación de estos nuevos (viejos) sujetos políticos. "*Divide y reinarás*" sostenía Napoleón, y fue creando su imperio... Una instancia no poco relevante, como lo destaca la socióloga mexicana Nicté Fabiola

Escárzaga, es su desplazamiento –el de la población indígena– de la clase obrera. Los sujetos étnicos, por su inexperiencia organizativa y su marginalidad social, aparecen como inofensivos para los intereses de las corporaciones.

Estas nuevas definiciones y creaciones de espacios de poder propugnan una multiculturalidad, que no pone en tela de juicio el origen ni la historia de la diferencia, y que, como dice Žižek, la respeta tan solo en tanto queden claras las jerarquías. En esta línea, Escárzaga, o también la antropóloga colombiana Astrid Ulloa, alertan que esas nuevas propuestas colocan a las poblaciones indígenas (con todas sus tensiones internas, a más de las externas) y a su patrimonio (extensos territorios, depósitos de minerales, biodiversidad, conocimientos ancestrales) en el primer plano de conflictos de intereses que incumben a toda la humanidad. Carlos Falaschi, abogado bonaerense que trabajó con comunidades indígenas del sur argentino, destacaba que estos nuevos espacios de poder para estos nuevos (viejos) colectivos sociales cuidadosamente interpelados pueden significar enormes ventajas al capital empresarial local o externo.

¡Entendernos como actores en estos contextos es ineludible! Varios colegas argentinos –me refiero, por ejemplo, a gente como Elena Belli, Ricardo Slavutsky, Verónica Seldes, Pablo Cruz, Diego Escolar, Carolina Crespo– advierten que la materialidad indígena prehispánica, esos “objetos mágicos” de Delfino y Pisani, en su estratégica conformación como patrimonio, se constituyen en herramienta de nuevas exclusiones, marginaciones y de explotación. Pero, creo que, muy a pesar de muchos, no podemos desconocer la resistencia, las prácticas en lucha que mucha de la población nativa emprenden por lograr un espacio digno, real, de reconocimiento y de derecho histórico y político. También allí, considero, hay lugar para nuestra praxis. Ejemplo particular, en este sentido, es lo relatado y pensado en el trabajo enviado por Manuel Gándara Vázquez, con cuya lectura iniciamos la jornada del Simposio.

Entonces, y como ya se ha discutido ese viernes, nosotras, nosotros: ¿cómo?, ¿desde dónde?, y, claro, ¿para qué? Estamos situados en estas coyunturas... Que no es una en la que nos “insertamos” en el momento en el que decidimos investigar o realizar nuestras prácticas profesionales, sino, una coyuntura de la que “somos parte”, y de la que sólo podemos abstraernos e, incluso, pretender ubicarnos por fuera, en actos de profundo sentido político y social, pretendiendo, y en muchos casos (aún demasiados casos en la Argentina) “destripar” (*sensu* Arturo Jauretche) lo que es el “todo”, la “totalidad”.

Nuestra formación, al menos la de una gran parte de la población de nuestro país, nos ha allanado el camino en aquel sentido... Nos es mucho más fácil comprender desde las partes (dibujadas de acuerdo a intereses pocas veces explícitos) que desde la totalidad. Pero, claro, no hablo de esta totalidad de la modernidad, y menos aún desde sus propósitos; no hablo de esa universalización que universaliza la historia, mas no el derecho, que naturaliza desigualdades, que insiste en esa totalización universal que se actualiza en nuevas fragmentaciones del sujeto.

Y no es sólo atender a las particularidades a lo que me refiero, esas particularidades que no pocos le han querido quitar a las reflexiones de Karl Marx. Me refiero a esta “totalidad” del materialismo histórico, siendo una de las herramientas fundamentales, y lo veo como un concepto fundamental en la arqueología, para superar las miradas, los enfoques “parceladores”, para superar la fragmentación de los saberes.

Posiblemente sea el propio trabajo que se viene realizando en el noroeste de la Argentina en Laguna Blanca, un ejemplo más que ilustrativo de que la sociedad se aborda mejor –si realmente queremos propugnar transformaciones profundas y duraderas– desde una ciencia unitaria, la ciencia social. En donde la evaluación y la investigación de los aspectos económicos, históricos, sociológicos son pilares fundamentales para hacer arqueología. No como una disciplina independiente, autónoma, sino necesariamente articulada en intereses y objetivos. La historia, la economía y la política se entrecruzan en una trama que es difícil desbrozar en el

proyecto de Laguna Blanca dirigido por Delfino –elocuente en la ponencia presentada junto a Espiro, Díaz y Barale, parte de los miembros de su equipo de trabajo-. Pero es que, creo que no conviene hacerlo tampoco; al contrario creo que es necesario que sea así.

Pero, y aquí lo que quiero retomar, en este planteo de las totalidades, es que no veo con suficiente claridad –y no me refiero en particular a ninguno de los trabajos expuestos ese viernes, sino en término más generales– la conciencia de la existencia de múltiples modos de ver, de entender, de sentir esa “totalidad”. Las sociedades rurales, campesinas, nativas de los Andes o de otras regiones americanas de las llanuras orientales son testimonios de esa diversidad. Se reconocen diferentes modos de vida, distintos modos de entender su mundo, así como también sus problemas.

Quiero traer a colación dos ejemplos que creo sirven para ilustrar lo que quiero señalar. Por un lado, los estudios científicos sociales realizados por Thomas Abercrombie en los Andes bolivianos, en donde o de donde quiero rescatar dos de las propuestas, que en realidad son una sola: primero, la expresa definición del pasado nativo como originado necesariamente en la época colonial, y posterior a la evangelización instalada por los europeos; y, segundo, estas estrategias intersticiales, de resistencia y rebelión cultural, que solo nos son visibles cuando avanzamos específicamente en su indagación.

Por otro lado, y rescatando ponencias expuestas en otro de los Simposio de este CNAA (Verónica Lema y Francisco Pazzarelli), igualmente, la propuesta de un concepto de “pasado”, de “memoria” que poco y nada tiene que ver con el que nos manejamos en el mundo occidental/europeo, y en el cual se encuadra parte importante del pensamiento marxista. Estos colegas hablan de lo que denominaron “memoria fértil”, es la memoria de todo aquello que cría y colabora en la crianza del grupo social. Lo que no ayuda o participa en esa crianza, no forma parte del pasado, o ya no forma parte de la memoria, del pasado de ese grupo social. Así lo entendí.

Y esto lo que me aflige y que creo es necesario atender: ¿Cuál es, o cuales son los elementos materiales, e incluso inmateriales que serían relevantes para la construcción liberadora de su sociedad? ¿Cómo se definen, en estos casos, por ejemplo, desde nuestra disciplina, los elementos a ser conservados, a ser patrimonializados? ¿Quiénes son los que “patrimonializan”? Que en este acto, incluso, tal vez colaboran, se implican en el congelamiento, y, como dice Gándara, la naturalización de aquello que vaya a saber quiénes y con qué fines otorgaron “valor”. Quiero decir, ¿no es que tenemos que dar vuelta la taba? Que primero tenemos que aprender nosotros en ese “contrato cognoscitivo”, según dice el equipo de Laguna Blanca. O también, dar vuelta el mapa de “ahora” un continente, del modo por ellos representado...

¿Vamos a seguir proponiendo museos con proyectos tradicionales como el Museo Nacional de México, como destaca críticamente Gándara? Creo que, aprendiendo de las propuestas vertidas en este Simposio, debemos asumir nuestra militancia. Creo que es necesario darnos cuenta que queremos hacer llegar, que queremos promover ciertos saberes, ciertos conceptos que nosotros, desde nuestro lugar como personas, como científicos y científicas, como profesionales, consideramos herramientas para la resistencia, para la liberación. Y no disfrazarlo de “recuperación del pasado”, de “puesta en valor patrimonial”, por ejemplo. Es decir, reconocer nuestros ciertos privilegios, por el capital cultural del que disponemos y que se traduce en una mayor capacidad crítica; y reconocer que estamos buscando modos de articular ese capital con los saberes de otros sectores subalternos, sin desconocer ni ocultar la historia / las historias de su conformación...; en una interacción disciplinar que, aunque pueda desdibujar el protagonismo de la arqueología en sí, participe, muchas veces incluso en crear la necesidad de la lucha; y, también, claro, participar en ella!

Y veo muy importante lo señalado por Horacio Chiavazza, esta necesidad de hacer el seguimiento para evaluar constantemente los resultados de las

intervenciones realizadas, así como la propia ASL se propone hacerlo desde su propia propuesta teórico-metodológica.

Y, en esta instancia, veo importante recalcar las discusiones, y lo más interesante de este Simposio, las propuestas realizadas entre los distintos profesionales que expusieron en él. El evaluar los conceptos utilizados, deconstruirlos y volver a intentar nuevos. En particular me interesó esta deconstrucción, no solo desde su concepto hermenéutico, sino más bien desde su sentido jurídico, la historia como derecho político del Objeto Arqueológico. En forma paralela venimos trabajando sobre esta idea de tratar de comprender que los objetos que nos sirven, que necesitamos para investigar, no son "arqueológicos" *per se*. Para ser arqueológico debe ser definida y evaluada por nosotros como arqueólogas o arqueólogos... Y es lo que vemos ahora representado también como problema en lo expuesto para las investigaciones en la ciudad de Mendoza realizadas por Chiavazza y su equipo de trabajo. Otra vez, esta idea de cultura material como procesos y cuerpos, como hecho histórico: los niños en su protagonismo, triste protagonismo en la sociedad colonial. Horacio decía que es muy estimulante esta arqueología, pero yo la veo, además, especialmente disruptiva para nuestro conocimiento de esa sociedad, pero, en particular las raíces y las estrategias de conquista y colonización de la sociedad, que, por supuesto, comprende a la población nativa de origen prehispánico.

Volviendo al comienzo de la jornada, cuando Daniel y Gustavo me invitaron a hacer esta relatoría me motivaron a releer y a leer sobre lo que ha sido de esta propuesta teórica y disciplinar en estos últimos años. En este recorrido me pareció ver una merma en el alcance de sus propuestas, al menos en América. Más creo que Manuel Gándara, en cierto modo ha dado en la tecla; sus propuestas seguramente significan abordar desde la raíz y desde la praxis el impacto esperado.

Para finalizar, quiero responder de modo totalmente escueto y sintético a una pregunta que me realizara una estudiante de arqueología de la Universidad Nacional de Tucumán: yo veo a la arqueología como una disciplina que debe comprometerse para que la tortilla se vuelva, y los pobres coman pan....

Otoño en Tafí del Valle, Tucumán